

México: La palabra o la muerte

RODOLFO MARCOS TURNBULL

Hace algún tiempo, se nos reclamaba abiertamente que algunos psicoanalistas (en tanto tales) no tomábamos posiciones públicas "comprometidas" con respecto a los grandes problemas nacionales. Concretamente, se nos cuestionaba nuestra falta de una postura en relación a los próximos comicios federales. El problema es mucho más complejo de lo que a simple vista parece serlo y lo único que entonces se me ocurrió fue preguntarme ¿qué tendría o podría decir el psicoanálisis -una experiencia estrictamente subjetiva que se realiza en la intimidad de un consultorio- sobre las elecciones o sobre la política o sobre la sociedad en la cual, sin embargo, se inscribe como una práctica profesional y como una ética, pero también como un fenómeno social? De momento pensé que bien poco, si no es que nada, y eso solamente si el fenómeno a discutir tuviese un costado subjetivo que nos permitiera la palabra de un sujeto: un crimen, por ejemplo.

El párrafo anterior lo redacté el martes 22 de marzo. Así comenzaba mi colaboración para *Este País* que llevaría por título *Chiapas: una realidad aparte*. El asesinato de Luis Donaldo Colosio al mismo tiempo que ratifica el juicio expresado, también lo desmiente: lo ratifica en tanto parecería que es cuestión de esperar a que Mario Aburto Martínez hable para poder extraer sesudas o muy "psicoanalíticas" interpretaciones que dieran cuenta de la locura del asesino (lo que he leído en algunos intelectuales y en muchas declaraciones de políticos sería el menor de los males y por lo tanto lo más deseable en tanto que se considera que se trataría así de un acto "aislado" carente de intenciones políticas; como si el acto de un loco no las tuviera o como si el loco no fuera parte de la "polis"; más aún, como si el acto del loco no tuviera que ver más que con él mismo y su propia locura y quizá, sobre todo, como si la locura nos fuera ajena). Lo desmiente, por otra parte, sin embargo, porque aunque se trate del pasaje al acto de un loco o de una conjura obra de grupos políticos enconados o de narcotraficantes terroristas, en ambos casos sí hay algunas reflexiones que en tanto psicoanalista puedo expresar. El acceso me lo permito no tanto para exponer mis preferencias políticas ni para explicar la conducta del loco (lo que por otra parte no me estaría excluido) sino porque lo que moralmente le está en juego es -entre otras cosas pero muy principalmente- la reflexión sobre nuestras posibilidades como sociedad y algunas de sus consecuencias: las normas morales bajo las cuales se inscriben en general nuestros actos en tanto miembros de la sociedad y los actos en particular de aquellos en quienes está la posibilidad de conducir los destinos de la nación. Es decir, participo como psicoanalista en tanto que para mí de lo que se trata, probablemente como único motivo de ser de estas líneas, es la constancia de la presencia de la ética en el devenir de la sociedad.

No dejó de sorprenderme la rapidez, la reacción casi automática, con que se elevó la súplica insistente y angustiada por parte de todos: dirigentes políticos, sindicales y empresariales, por intelectuales y por gente de la calle en general a buscar una *unidad* de México (sería provechoso saber lo que cada uno entiende por unidad pero, en todo caso, nos podemos atener a una acepción más o menos compartida de la unidad como la virtud del uno, la imposibilidad de la división, el rechazo a la parte, aún más, la inexistencia del diferente), como medio para evitar la violencia. El problema es que la violencia no surge de la falta de unidad ni se resolverá con la ambición de su surgimiento. Esta pretendida unidad se le presenta al sujeto y a la sociedad como algo deseable y por lo tanto posible (en el registro imaginario), pero resulta absolutamente imposible en el registro simbólico y en el registro real. De hecho, a nivel nacional, si puedo decirlo, el real se nos ha presentado en este primer trimestre de manera absolutamente inadvertida: Chiapas y el asesinato de Colosio, para, el tiempo de confrontar el simbólico: el discurso de y sobre México, desbaratar el imaginario: la imagen proyectada en los medios masivos, principalmente en la televisión: estabilidad política y social; programa de Solidaridad; entrada al primer mundo; premio Nobel; Miss Universo; subcampeones de la Copa América. No que esos logros no tengan su valor subjetivo; lo tienen y cada quien sabrá o podrá acuñarlos como mejor

pueda. Es el manejo masivo que se ha hecho de ellos, es la pretensión de que esos logros reflejan en su totalidad, en su unidad, al país lo que ha impedido ver un poco más allá de ellos.

¿A qué unión se podría estar apelando si a partir del 1 de enero se hace evidente y, por lo menos, se empieza a intentar reconocer la existencia de deseos encontrados? Por mi parte estoy seguro de que además de la cisura económica que existe entre los dos Méxicos y que Chiapas ha revelado y de la que ahora súbitamente intentamos precariamente tener presente moralmente y huirle al mismo tiempo, existen muchos más: México es un país *fragmentado* y parece que nadie es capaz de poderlo aceptar: los mapas de muchos colores que dibujábamos en la primaria para poder diferenciar las fronteras geopolíticas entre los estados son perfectamente aplicables a nuestra sociedad pero no somos capaces de reconocerlos. ¿Qué unión es posible -de qué naturaleza sería, además- entre digamos algunos de los indígenas de Chiapas alzados en armas y un funcionario de alguna casa de bolsa? ¿O entre un campesino del valle del Mezquital o de la sierra Guerrerense y un burócrata capitalino? ¿Entre la comandante Ramona y una feminista urbana? ¿Una estudiante de diseño de la Anáhuac o del Tec y una estudiante de diseño de la UABJ de Oaxaca? ¿Neza y Narvarte? Sugiero que cada uno o una tiene su especificidad y se rige por su propio deseo: señalo, a cambio, que de perseguirlo ambos sin tener en cuenta por lo menos la existencia del deseo del otro, desaparecerá la posibilidad de la palabra y tarde que temprano surgirá la muerte.

Me explico: la muerte aparece entre dos sujetos cuando el recurso de la palabra, entendida como principio vital humano, se desconoce. Si bien la muerte en ambos casos está presente, hay algunas diferencias importantes entre Chiapas y el asesinato de Colosio.

En Chiapas primero hubo muerte, es decir, ausencia de palabra. Se requirieron los ¿cuántos muertos hubo en Chiapas? para que se reinstalara la palabra. El comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas es portador de la palabra, tanto del gobierno, como de la sociedad en general (con las excepciones de todos conocidas: guardias blancas y demás que preferirían la presencia de la muerte). El subcomandante Marcos también ha hecho recurso de la palabra. El éxito, si se le quiere llamar así, de su comparecencia pública se ha debido al apoyo que ha tomado en la palabra: hablada y escrita. En español y en tzeltal, tzotzil e inglés. Insistente y machacón. No importa, es el imperio de la palabra. Octavio Paz y otras gentes de letras lo han celebrado. Y no es para menos: entre el fusil y su palabra, todos preferimos ésta. Principalmente porque es una ley del orden simbólico inmanente a cada uno. Es decir, no se requiere de una coacción para que surta efectos.

El gran peligro que corremos es que la palabra vuelva a desaparecer. Hasta el momento de escribir estas líneas no se firmaba aún el acuerdo de paz. Tanto más tiempo se dé a la palabra, menos tiempo disponible habrá para la muerte. Y luego, pende sobre todos nosotros la amenaza de querer de nuevo hacerla a un lado por parte de todos. EZLN (en alerta roja, es decir, apunto de aventar la piedra en vez de saludar), finqueros, fuerzas de seguridad. Habrá muerte otra vez.

La reacción estupefacta de todos frente a las pantallas de televisión ante el asesinato de Luis Donaldo Colosio y la brutalidad del acto; la asombrosa facilidad con que el asesino puso el arma en la sien de Colosio; la foto de éste reproducida en diarios y revistas de todo el mundo, tirado en el suelo con la cabeza apoyada en una almohada de sangre; todo esto nos horroriza porque nos confirma la ausencia de la palabra. Y frente a tal ausencia, todos podemos ser víctimas. Lo resume mejor la lideresa del sector popular que declaró con respecto al asesinato que ésas no eran formas, que si no querían a Colosio como candidato que lo ¡hubieran dicho! Quienes estén atrás de Aburto, nos mostraron claramente que desconocían el orden simbólico. Que el particular que hemos instaurado para México, les es insuficiente o de plano lo rechazan hasta ese extremo. Son los mismos, en un sentido, que mataron al Cardenal Posadas y, espero, son diferentes a los que tienen secuestrado a Alfredo Harp, mientras no tengamos noticias de una indescada y también trágica muerte.

El subprocurador Montes advertido o no, ha acudido a la palabra. Ya se ha presentado dos veces frente a las cámaras de televisión para dar cuenta de pormenores que salen al paso de ciertas versiones que circulan con respecto al crimen. Y no importa si lo hace sólo con el ánimo de informar. Es, finalmente, el único camino de que dispone, porque dado que la creencia es el alma de la existencia social, de lo que resulte de la investigación dependerá en gran medida el

futuro como sociedad de los mexicanos. La investigación tiene que ser, además de veraz, creíble. A riesgo de simplificar las cosas, es mucho más importante la credibilidad que el subprocurador Montes pueda instaurar entre los mexicanos que las mismas elecciones del próximo 21 de agosto. Sin la creencia de que podemos vivir en un estado de derecho que surja del imperio de la palabra, nuestra posibilidad como sociedad no abriga muchas esperanzas. La condición humana no comporta en sí ningún principio de convivencia sin la participación de la palabra: *medium* la llamaba Lacan. Una violencia "innata" como la recordada por algunos del "México bronco", o cualquiera otra "explicación" o interpretación de lo sucedido en México a partir del 1 de enero, no lleva a ningún lado si se desconoce el principio rector de la palabra.

Psicoanalista